

*Quam Samiâ procul à Secta Schola nostra re-
cedit.*

Illa silendo Sophos; nostra loquendo facit.

"Sabios hizo con callar
La antigua Escuela de Samos;
Y hoy en la nuestra intentamos
Hacerlos á puro hablar."

D. J. DE IRIARTE.

HTCA

U/Bc LEG 13-2 nº1035



5>0 0 0 0 5 4 2 5 6 0

.....

A LOS AFECTOS A LA LECTURA.

.....

Cansados estamos, como lo estarán los mas de vds., de leer pomposos anuncios de obras que, examinadas, no s olo no valen el papel en que estan impresas, por malo que sea, sino que degradan la lengua y la buena opinion en que justamente ha sido tenida de muy antiguo la literatura española en todos los paises cultos.

Muchos dias hace deseabamos que una buena pluma zurrara la badana á cierta casta de escritores que no hacen mas que embadurnar papel y perseguir bolsillos, ya con malos escritos, y ya con peores traducciones.

Desgraciadamente nadie ha salido á la palestra, y si alguno lo ha hecho, ha sido tan mal como los mismos impugnados, salvo el erudito é inapreciable autor de las *Fraternas* dadas al *Diccionario Geográfico de España y Portugal* de Miñano, y del *Dique crítico á la Geografía universal* de Torrente, que con tanta gracia, gusto y so-

:

lidez ha combatido y combate innumerables defectos de ambas obras.

Con otra pluma como la del modesto crítico *fraternizante*, que emprendiera con los demas *malandrines* de pluma, escusado seria nuestro papelillo; mas como no aparece esta, y el mal va en aumento, creemos es del caso publicar ciertos petardos literarios que nos han sucedido recientemente, y de que muchos de vds. habrán participado, poniéndolos por contera un preservativo ó *contra-petardo* que podrá librar los cuartos de sanguijuelas literarias.

Quizá con esto conseguiremos que los amantes de las letras sean mas cautos, mientras pasa este chubasco de malos escritores y traductores, y de consiguiente disminuyendo á estos el pienso, lograremos se sostengan por medios mas compatibles con sus fuerzas, y menos perjudiciales. Si tal logramos, nuestros deseos se verán colmadamente satisfechos, y el público servido como

apetece

El Zurrador Guindilla.

PRIMER PETARDO

Meses pasados vimos anunciada la venta de una comedia, cuyo título era : *Aviso á los lechuguinos*, escrita por un eclesiástico amante de su patria: ya se vé, creímos seria una graciosa crítica, no de las modas indistintamente, pues que en todos tiempos las ha habido y habrá buenas y malas, y muchas son cómodas, agradables, y de consiguiente útiles, sino del abuso de ellas y de la inconstancia de los que las adoptan, pues vivimos bien persuadidos de que unas mismas son galas en unos, en otros sambenitos, y en muchos trages de máscara.

Compramos nuestra comedia, y nos hallamos con una setina de disparates, en tan mal lenguaje, y tan mal hilvanados, que ni aquello era comedia, ni crítica racional, ni calabaza, y con todo eso, el autor del tal conjunto de necedades se mostraba quejoso de los cómicos, que sin duda no las quisieron representar.

A no estar esta comedia tan desacreditada, nos detendríamos á decir algo de ella; pero baste notar cual seria su invencion, gracias y lenguaje, cuando no mereció aco-

gida de los mismos que este año nos han representado los necios y disparatados comediones de Federico II, el Mágico Africano, el Jugador, y otras muchas composiciones de este jaez.

Segundo petardo.

Llorabamos pues el dinerillo que nos habia costado libro tan tonto, cuando étele que se publica un papelejo con el título de *Defensa de los lechuguinos*. Su precio era corto, y la impresion muy buena. Soltamos nuestros dos reales, creyendo que este papel, por lo mismo que sonaba escrito en defensa de los pisaverdes ó lechuguinos, seria una delicada crítica de ellos y de los infinitos desbarros del autor de la comedia del *Aviso*; pensamos esto con tanta mas razon, quanto el melifluo autor de la tal defensa, en el zaguan ó prólogo de ella, protestaba nó pertenecer á aquel gremio; mas hallamos todo lo contrario, y vimos con harto dolor de nuestro corazon que este *quidam* era uno de los ofendidos por los desconcertados rebuznos del *amante de su patria*; de consiguiente, poco ó nada dijo de lo que hacia al caso, y aun dejó en peor estado que el que tenia la

mala causa que se propuso defender. La consecuencia de esta malhadada contienda fue, que el buen cura volvió á escribir otro mamarracho, el cual por fortuna no hemos leído, aunque es visto no valdria gran cosa, por lo poco que se ha hablado de él, y la menos priesa que se han dado las gentes á comprarlo (1).

(1) Lllaman hoy Lechuginos ó Cebollinos á los que van rígidamente vestidos al gusto ó interés de los sastres y modistas de París. Antes los llamaron Currutacos, Petimetres (*), y nuestros mayores con suma propiedad los apellidaban Pisa-verdes.

Tan perdido es el tiempo que se gaste en impugnarlos, como el que se emplee en defenderlos. Los padres y tutores, hechándola de gente juiciosa, suelen ser los culpables en los extremos en que da esta gentecilla.

Aunque somos zurradores vestimos entre merced y señoría, porque distamos mucho de pensar como aquellas gentes que se han empeñado en que el redingot de botones gordos, la chupa larga, el calzon corto, las eovillas, peluquin y sombrero de tres picos

(*) Petit maitre. Señorito presumido.

Tercer petardo. Lamentábanse todos los curiosos del des-
 aliño del *Diario de avisos de Madrid*, de la
 pesadez y necedades que se notan en mu-
 chos de sus anuncios, de las gratificaciones
 que hay que dar por los mismos colabora-
 dores de tan interminable enciclopedia, quie-
 ro decir, por los mismos que damos mate-
 rial (que también vinieron de Francia), han de
 ser eternos, y lejos de estar reñidos con las
 modas cómodas, decentes y graciosas, nos
 gustan; mas. . . ¡cuánto podría decirse de to-
 da persona que no consulta si lo que se pone
 le está bien ó no, por su edad, por su figu-
 ra, ó por otras circunstancias! . . . ¡Cuántos de
 los que teniendo pocas ó ningunas facultades
 tienen la poca vergüenza de emular en bri-
 llo y ostentacion con las personas ricas ó
 bien acomodadas, aunque sea por medios ri-
 dículos, bajos y á veces criminales! . . . So-
 bre estos principios pensábamos discurriría el
 Amante de su patria, que tanto desbarró en
 materia de lechuguinos, como su antago-
 nista en la defensa de esta pobre gente;
 mas nos engañamos.

riales para que haya diario (*); de la tardanza con que salen muchos anuncios, y de otras cosas que hacen desear se mejore este periódico, y que se aumente su capacidad, ó se publique otro ú otros á mas de aquel, en que, sin socialiñas, tenga cabida pronta toda cosa urgente, pues vemos muy de ordinario cuanto se retarda la publicacion de un niño que se pierde, las alhajas de un robo, y otras muchas cosas, si no hay empeños poderosos ó buena gratificacion; por manera que el tal Diario en muchos casos tiene honores de gazeta de la *posma*. Los bandos y órdenes del Gobierno suelen distribuirse en dos, tres y mas dias, lo que no debiera ser asi, por los graves inconvenientes que trae el diferir la instruccion de muchas disposiciones que rigen desde el dia de la fecha, y el gasto escusable de comprar dos ó tres diarios, cuando todo pudiera insertarse en uno.

Todo esto y mas deseabamos verlo de letra de molde, por lo que pudiera influir en la reforma periodística, cuando sale á re-

(*) Parece que en los anuncios de interes particular se pactó en esta contrata exigir 4 cuartos por renglon: ¿y esto se practica asi?

:

lucir un papel con el título de *Carta de quejas que da el noble arte de la imprenta por lo que le degrada el señor redactor del Diario de avisos*. Al instante la compramos, creyendo que nuestros deseos se habian cumplido, mas nos hallamos con un almodrote de sandeces ataraceado de una cosa que su autor llamará decimas, y no es verso ni prosa. Lejos de criticar los puntos indicados, lo incorrecto del lenguge, y la repetición de los minuciosos anuncios del teatro, aunque sean de los que ocupan medio Diario, el tema del señor criticon es su mal papel, la mala impresion; y algun otro reparo de los muchos que pueden hacerse á esta lucrosa empresa, pero dicho todo de modo que da náuseas leerlo; si bien es verdad que estos dias hemos leído otro papel muchísimo peor, á saber, la segunda parte que piensa publicar el mismo autor sobre el propio asunto.

Cuarto petardo.

Cansados estabamos ya de engañas, cuando vimos dias pasados un cartelon con unas letras como puños, que anunciaba un *Duende satirico*, y aunque recelamos pudiera ser otro chasco como los anteriores, por un mal

consejo caímos en la trampa. Compramos nuestro *Martinico*, y á puras penas lo leímos en dos ó tres tardes, sin embargo de no tener mas de diez y ocho hojas; ¡tan sabroso es su estilo *procesal* que no hay paciencia para echárselo al colete de una sentada! El tal Duende critica sin novedad ni gracia alguna á varios concurrentes de un café; sujetos que para él serán de grande importancia, mas para el público son entes comunísimos y de ningun interes. Háceles politiquer á lo tonto, y promueve cuestiones bien ajenas de tales sugetos, y que hoy no son de moda en estos sitios, donde generalmente se murmura, elogia, ó critica á las lechuguinas célebres, á los operistas, ó se trata de modas, bailes, tertulias, y poco ó nada de turcos ni griegos.

Da tres ó cuatro puntadas sobre algunos papeluchos recientes; censura (y con razon) al defensor del *noble arte de la imprenta*, por lo mal que ha combatido al *Diario de aosis*, y cita una sarta de anuncios que no han debido costarle mucho trabajo el pescarlos, por aquello de que *en casa llena presto se guisa la cena*. Sin embargo, el buen Martinito, hablando como mas haya lugar en derecho, debe ser el diablo, y aun

poeta, por el refiloncillo que da, como pudiera el mismo Forner á las décimas disparatadas del señor Iriarte. Ni Buonaparte está libre de sus gracias: supone que los que toman polvo á puñados, lo hacen por hacerse sabios, á imitacion de aquel militar extraordinario, como si muchos años antes de él no hubiese existido un Valdoma, que quedó por proverbio entre los tabacosos, y como si no hubiesemos visto en las graciosas comedias con que don *Hermógenes* mejoró el teatro español, tomar y repartir á puñados el tabaco á Federico II, de quien tambien cuentan llevaba siempre una caja como de jalea. Pero sea de esto lo que se fuere, lo cierto es que el Duende ni en polvo ni en humo debe gustar del tabaco, segun moteja su uso en varias partes del folleto; de que deducimos, que si esta repugnancia es comun á los demas duendes, tenemos ya un medio sencillo y al alcance de todos para ahuyentar estos entes malditos.

Algo nos hemos apartado de nuestro asunto: volvamos á el. El buen Martinito censura el título de *Té de las Damas*, dado á una miscelánea de novelas y cuentos inco nexos é insustanciales, y proponiéndose ilustrarnos con su crítica, nada nos dice del

cuerpo de esta obra , que ciertamente es una de las mas á propósito para acabar de entontecer á los talentos frívolos , y corromper el idioma castellano por lo mal que está escrita. Verdad es que Monsieur Duende no debe ser en esto muy escrupuloso , pues al paso que censura el abuso de dar títulos estrambóticos é importunos á ciertos escritos , dice con una gracia que encanta , *que si escribiera una obra que hablara de personas muertas, llamarálas primero tertulia de los infiernos, ó noches en el otro mundo...* ¿Que tal , me esplico ó saco el librito? Bien que ácia el fin del papelejo tiene su puntilla de moral mística para los jugadores de villar , que no permite dudar que el tal Duende nada tiene de pagano , ni de erudito , y eso que habla con tal propiedad , que por decir se rieron en sus barbas , es hombre que escribe *se rieron en mis hocicos*. Finalmente , el Duende es tan util en la literatura como todos los de su parentela , y su nombre y apellido tan impropio como el del *Té de las Damas*.

Quinto petardo.

En varias tertulias habiamos oido celebrar la comedia nueva de *A Madrid me*

ouello, y en el Diario y carteles leímos una esplicacioncilla de su objeto, que con trabajo llegamos á entender. Algun amigo quiso le acompañásemos á verla; pero no accedimos á ello, por tener hecho voto de no concurrir á los teatros hasta que se verifiquen entre otras, dos cosas que la razon y los bolsillos reclaman á grito pelado, y con las que lejos de perder los interesados en estas empresas, ganarian honra y dinero, porque seria mas constante la concurrencia: primera, que se baje el precio de los asientos: segunda, que se ensanchen por todos lados, pues nada es comparable á la incomodidad que se sufre en este punto, sin entrar en otras cosas dignas de enmienda. El hecho es, que no vimos representar la tal comedia, la cual nos han asegurado personas inteligentes, que por parte de los actores fue bien desempeñada. Mas el diantre hizo, que pasando por una librería, á cuya puerta vimos el anuncio de la misma comedia impresa, caímos en la tentacion, y por una peseta nos dieron un ejemplar, que acto continuo nos leímos de cabo á rabo.

Unos aficionados de los mas asistentes al teatro habian querido persuadirnos que esta composicion podia competir con las del cé-

lebre Moratin; mas considere el curioso lector, cual nos quedariamos cuando nos hallamos con un argumento poco á proposito para el objeto que el autor se habia propuesto, y tratado en muchas comedias y sainetes con mucho mas tino. Sin embargo, porque no es traduccion, y creemos que con algo mas de estudio, su autor podrá darnos alguna cosa mejor, nos abstenemos de usar de nuestro oficio, sintiendo solo los dos reales que nos han llevado de mas, pues ciertamente solo vale media peseta.

Sesto y último petardo.

Quando el *doctor Miñano* engaitó á los incautos á que se suscribiesen al *Diccionario geográfico de España y Portugal*, que ofreció dar á luz con todas las perfecciones imaginables, nos libramos del tal petardo como en una tabla.

Luego que *D. J. Alvarez* indicó algunos de los muchos defectos con que empezó á salir esta obra, tuvimos la mas pura alegría de no haber empleado tan mal nuestro dinero, é *indamais* quando el discípulo de Tolomeo, ó sea el *Caballero Fraternizante*, emprendió la penosa carrera de cri-

ticar parte de sus innumerables desaciertos y tonterías, creimos perder el juicio de contento, ya porque vimos vindicada en este punto la literatura española, ya porque vimos renacer los tiempos felices de su delicada crítica, y ya porque notamos corrido y justamente afrentado á nuestro gefe, hombre asaz vano, ignorante y papelón como el que mas (1).

Decíanos el buen señor, burlándose de nuestra desconfianza asi que vimos el primer tomo del Diccionario Miñánico: «no, » no se cansen vds., esta obra va á ser el *non plus ultra* de los Diccionarios, el *alcoran* » de los ayuntamientos y oficinas. Sin ella » y sin las luminarias de su autor no podremos dar un paso.. Los españoles rancios » que no han tenido la dicha de remover los » hermosos volumenes del *Palais Royale* de » Paris, podran despreciarla como las demás obras científicas de este laborioso escritor, mas las naciones cultas, los alegres ingleses, los meditabundos franceses y los sá-

(1) *Es de advertir que como nuestro oficio no nos ocupa mucho, disfrutamos un empleillo de menos trabajo; de consiguiente tenemos gefe y aun gefes.*

» bios rusos la traducirán á sus respectivas
 » lenguas, con notas, aclaraciones, observa-
 » ciones y retratos litográficos del autor, im-
 » presor y demas colaboradores, y la eterni-
 » zarán á pesar de sus detractores.» Santa
 Bárbara bendita, decíamos para nuestro
 capote, ya será de ver á par del doctor Mi-
 ñano y del señor Pierrat Peralta la in-
 terminable letanía de retratos de señores
 párrocos, individuos de ayuntamientos, fie-
 les de fechos, y hombres curiosos que han
 cooperado á obra tan basta. ¡Qué de caras
 y trages se verán! Mordíamos los labios,
 bajabamos la vista, y allá en nuestros aden-
 tros nos reíamos á carcajada tendida de la
 inocencia angelical de nuestro gefe.

No contento el buen señor con ser uno
 de los primeros suscritores de la coleccion
 de disparates geográficos de que hemos he-
 cho mencion, así que se anunció la *Geo-
 grafía universal de don Mariano Torrente*,
 se suscribió á ella, porque el buen hombre
 rabia por verse de letra de molde en guias
 y listas de suscriptores. Mas no bien vió el
 primer cuaderno, y se halló con aquella
 baratija de casillas, rayas, llaves, renglo-
 nes perpendiculares, letras gordas, chicas,
 espacios en blanco, y noticias en tinto, cuan-

do se quedó con tanta boca abierta. Salió luego el *Dique*, demostrando tan evidentemente algunos de los errores *Torrenteños*, que nuestro *bausan* no pudo menos de caer en la cuenta y darle mas crédito del que era de esperar, y he aquí como una de las conversiones mas singulares que ha podido hacer la luminosa erudición del *Dique crítico*, ha venido á darnos en medio en medio de la cabeza. Es el caso que el maula del panegirista geográfico se habia valido de *nos* en las navidades pasadas para que le facilitásemos un cochino, que así se llaman sin perdon alguno. Debíanos aun doscientos reales, y étele que pocos dias ha nos hallamos una mañana con los nueve tomos del *señor Miñano*, y el primero de la obra de *Torrente*, acompañados de la siguiente esquela. « Mi estimado N. Las pagas an-
 » dan un poco estiradas, vd. es muy afecto á
 » la lectura. Las dos obras adjuntas estan ha-
 » ciendo falta en su librería; con poco dine-
 » ro podrá completarlas, y mas si espera al-
 » gun baratillo, y pues me se figura que el
 » resto del cochino le hará falta, ahí va eso
 » en pago y remuneracion, cuyo recibo se
 » servirá vd. mandarme, para mi intelligen-
 » cia. &c.»

Figúrese el lector con qué gusto recibiríamos este singular petardo, y qué cuerpo nos pondría. Penetrados como lo estamos de la inutilidad de ambas obras (1), ¿quién diantres había de estar tan mal con su dinero que pensase en completarlas? Deslucir con ellas nuestra corta, pero selecta librería, ni por pienso. Regalarlas á alguno de los muchos que tienen los libros de perspectiva era espuesto, porque no estaban tan majas de encuadernacion que pudieran apreciarse. Venderlas no era facil, porque ya todos han olido el poste, y no hay suscriptor que no hiciera otro tanto, si hubiese compradores bobos. Finalmente, no nos quedó mas arbitrio que repartir ambas obras entre un pastelero parisien que tenemos por vecino, y un polvorista aragones; á este para que las haga lucir en sus cohetes y carretillas, y aquel para que las aplique á sus delicadas pastas y amasijos.

Hasta aqui la historia de nuestros mas recientes petardos. El último, aunque mas pesado que los otros, no era facil librar-

(1) *No se demuestra esto por no meter la hoz en mies ajena, y tenerlo tan claramente patentizado el señor Caballero.*

nos de él, pero el acaso ha sido el que nos ha hecho pensar mas seriamente en los chascos á que nos esponen las malas obras, y de aqui ha nacido la idea de entretener á los curiosos con esta relacion, proponiéndoles por último ciertas reglillas que en el aluvion de malos escritores que nos circunda, podrá librarlos de los petardos literarios, como no sea que se los den en pago de deudas ó como de regalo.

CONTRA-PETARDOS LITERARIOS.

La hambre de dinero es mucha. Para uno que escriba bien y lo merezca, hay mil que solo son sangradores de bolsillos.

El estudio de estos es coger un asunto que llame la atención, darle un título retumbante, imprimir cualquier cosa en caracteres bonitos y del día, interpolados de letras góticas tan churriguerescas y recargadas, que muchas veces no puede saberse lo que significan. Sendos carteles, anuncios al mibarados, llenos de lisonja, pedantería y vanos ofrecimientos, *point d'avantage*. Y mientras nos sacan los cuartos con obras tan inmundas, duermen y reposan en las bibliotecas y librerías cubiertos de polvo infinitos libros, instructivos y sabiamente escritos por ingenios incomparablemente mejores que el mas bueno del día.

Lo mas intolerable es que los tales escritorzuelos, ya por estupidez natural, ya porque realmente ignoran lo que hay escrito, son mal sufridos, y si les dicen las verdades del barquero, chillan, se enfurecen, y dan unos rebuznos que no hay quien los aguante, todo con el laudable fin

de sostener su engaño é ignorancia y llevarse la palma de sabios, y los cuartos de las personas estudiosas ó amantes de las letras; lo peor es esto: mas despreciando sus ridículas bachillerías, las precauciones que nos podran librar de sus gonzúas en adelante, creemos deberan ser al poco mas ó menos estas.

1.^a Libro de autor no conocido en la república de las letras, no debe comprarse hasta que pase la cuarentena de su publicación, por mas que pique la curiosidad el título, la materia de que trate, ó los piropos del prospecto ó anuncio, que son el cebo engañoso de que saben valerse mejor los malos escritores que los buenos.

2.^a Aunque un escritor esté acreditado en cierto ramo de literatura, si la obra que anuncia pertenece á otro que no tiene analogía con lo que le dió fama, debe guardarse igual cuarentena, porque un hombre ligero de cascos y suelto de huesos, puede ser un buen volatinero, pero no hay probabilidad ninguna de que sea matemático, político sábio, químico-físico, geógrafo ni nada que sea de provecho.

3.^a Durante la cuarentena se escucharán con reflexion las esplicaciones, y juicio

y opinion de los que justamente la gozan de entendidos, y que hayan examinado la obra anunciada, ora sea por la generosidad de los autores, traductores, impresores, &c., ó ya la hayan leído en las bibliotecas donde se depositan los primeros ejemplares.

4.^a Pasada la cuarentena, si los que únicamente celebrasen la obra fuesen el autor, editor, los libreros, parientes, *cofrades*, hermanos y testamentarios del difunto que Dios perdone, Pípt, don Hermogenes (*) ú otros entes semejantes, no hay que dudarle, el libro es malo y no hay que soltar los cuartos.

5.^a Si afortunadamente el juicio crítico de la obra es favorable por las esplicaciones de personas instruidas y de gusto en buenas letras, debe comprarse aun quando estos apologistas sean ingenios mendicantes; es decir, de los que por falta de medios, rentas ó pensiones tienen que leer á favor de los amigos, ó en bibliotecas, para seguir la trabajosa y envidiable senda de Cervantes, Camoens ú otros sábios como estos.

6.^a Por regla general debe huirse de

(*) Prohombres de la comedia del Café.

toda suscripción, como no sea de obra com-
 puesta por literatos acreditados, y que ha-
 ya probabilidad de que la emprenderán,
 continuarán y concluirán felizmente, si no
 es de aquellas obras que cuando se anun-
 cian ya están trabajadas, pues por no te-
 ner presente esta regla, se ven muchos sus-
 critos á libros despreciables, y otros con
 obras que tarde ó nunca se concluirán.
 7.^o Finalmente, no hay que dejarse
 llevar de los títulos, honores y perenden-
 gues de los escritores, de la encuadernacion,
 láminas y adorno de los libros, sino del me-
 llo, é instruccion sólida y provechosa honroso
 que sin verguenza pueda y deba sacarse
 de ellos; lo demas es perder tiempo y di-
 neros.

*Se vende en Madrid en la librería de
 la viuda de Illescas, calle Ancha de
 Majaderitos, á 2 real. Puede ir en carta.*